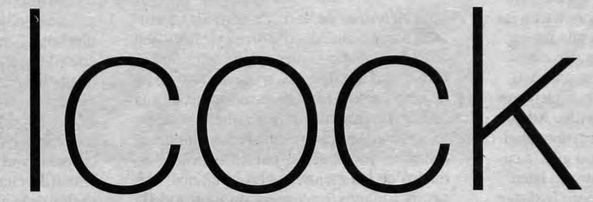
Juan Rodolfo Wilcock



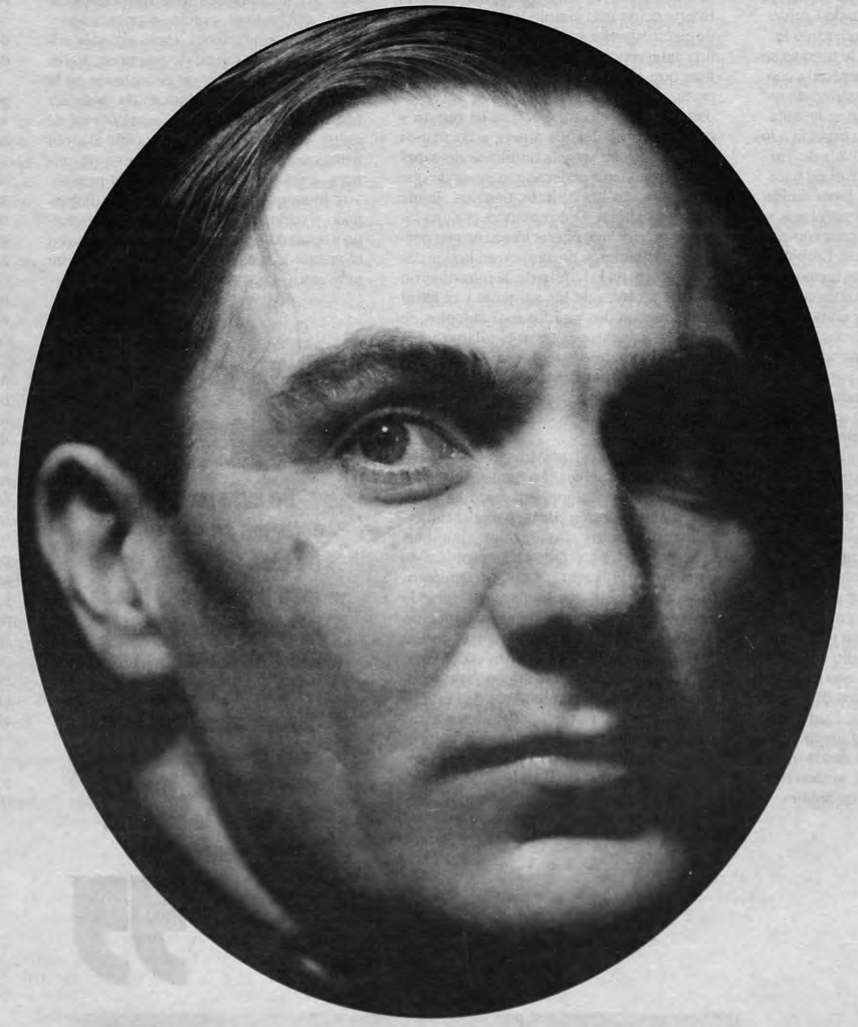
Si el escepticismo y el pesimismo, se dice, arrojan una cruel y melancólica luz sobre el mundo, Wilcock se propone calentarse las manos con ella y recobrar, sea como sea, el buen humor. Wilcock encarna al ateo que no siente la más mínima simpatía por la especie humana. Se niega a aceptar un Dios cuyas cualidades –demasiado humanas para su gusto– infiere de la miserable condición de la creación. Ontológicamente se trata de una instancia panteísta, mientras que éticamente es una especie de maniqueísmo trunco, porque Wilcock considera al universo como la creación misántropa de un poder diabólico, un Leviatán malhumorado que, antes de ponerse manos a la obra, haría muy bien en leer un cuento suyo para estar a tono.

Probablemente esta visión del mundo se forjó bajo el impacto de la lectura de Wittgenstein, cuya obra comenzó a frecuentar por los años cincuenta, pero debe haber sido su propia experiencia la que le hizo afilar la hoja del cuchillo. Wilcock volcó su resentimiento y profundo pesimismo en varias de sus obras italianas, desde *El ingeniero* a *El libro de los monstruos*, pasando por *Dos indios alegres, La sinagoga de los iconoclastas, El estereoscopio de los solitarios* (al que pertenecen estos relatos, de próxima publicación por Sudamericana) y *El templo etrusco*. En todas ellas hay siempre un cataclismo que finalmente se produce, aun cuando el capricho del Leviatán lo haya retrasado más allá de todo cálculo. Al contrario de Robinson, Wilcock impone dentro del orden precario un caos, y parece alegrarse de que todo, un buen día, finalmente acabe.

La visión del mundo según Wilcock parece estar resumida en Serten, el personaje de "Liberación". Para Wilcock deberíamos limitarnos a las certidumbres intelectuales y sensuales, al conocimiento de lo seguro desde el punto de vista empírico, y a la violenta realidad de nuestros instintos, especialmente en el aspecto sexual. Su posición es la de un observador, un topógrafo en un paisaje espiritualmente erosionado, lleno de accidentes, peligros y venenos. La observación cuidadosa del detalle es un denominador común de toda la obra de Wilcock, y la inclusión de alusiones literarias ocultas o explícitas, citas y parodias, digresiones y materiales aparentemente extraliterarios, un mínimo común múltiplo de su obra italiana.

La situación de Wilcock queda revelada plenamente cuando pensamos en su pesimismo político, paralelo a su resentimiento contra la sociedad cultural. Tanto la elitista sugerencia de Schiller de que el poeta debe ir siempre con el rey como la afirmación del realismo socialista de que el poeta debe acompañar al trabajador, son rechazadas desde el vamos. La suma de su experiencia dice así: el poeta debe ir solo.

Poco sabemos de él, salvo que nació en Buenos Aires en 1919, que publicó sus primeros libros de poesía en la Argentina, donde sus amigos eran Borges, Bioy Casares y Silvina Ocampo, que emigró a Italia en 1958, que allí se reinventó a sí mismo como un virtuoso de la literatura italiana abordando con maestría todos los géneros literarios, que fue un refinado traductor, tanto al castellano como al italiano, que murió en 1978 en su casa de Lubriano, un pueblo cerca de Roma y que su escritura consistió, esencialmente, en la proyección de la realidad dentro de una atmósfera oblicua y recalentada sobre un plano de referencia irregularmente ondulado y sometido a distorsiones de distinto tipo. Como el lector puede ver, proviniendo de Juan Rodolfo Wilcock, es un procedimiento honesto. ■



El estereosc de los solita

Por Juan Rodolfo Wilcock

Los espejos

Obligado por su enfermedad a permanecer en la cama, Lorbio se hizo poner en su habitación de hospital dos grandes espejos paralelos; uno cubre la pared izquierda, el otro la derecha. De esta manera el enfermo se ve reflejado de pies a cabeza, de un lado y de otro, y puede imaginarse que está en una habitación o pasillo de tres, de muchas camas, en compañía de una gran cantidad de enfermos que, por otra parte, se le parecen mucho. Lorbio, a sus vecinos de cama, los llama Derechino e Izquierdino: Derechino parece ligeramente más joven que él; Izquierdino es el más viejo de los tres; en cuanto al resto, los tres siempre hacen las mismas cosas, o casi, a la misma hora y con los mismos movimientos. En este sentido, puede decirse que ninguno vio nunca a tres compañeros de habitación estar tan perfectamente de acuerdo. Además son muy discretos: si Lorbio está hablando con Derechino, Izquierdino gira la cabeza para el otro lado; y lo mismo hace Derechino apenas su compañero le dirige la palabra a Izquierdino. Cuando Lorbio se levanta para mostrar a Izquierdino la nueva novela de Tarzán que le trajo su sobrina, y se la ofrece para compararla con el que poco antes su amigo recibió de regalo de su sobrina, Derechino se levanta discretamente y dirigiendo la espalda a los dos muestra él también su novela de Tarzán al otro vecino de cama. Y él no hace esto, porque en la vasta sala, hasta donde la mirada se pierde, todos los enfermos se levantaron al mismo tiempo para comparar sus novelas de Tarzán. Pero Lorbio no presta atención a los enfermos lejanos, sobre todo porque no ve bien y además porque no sabe ni quiénes son ni cómo se llaman.

A veces, cuando llega la monja, Lorbio hace de cuenta que no la ve, para bromear, y en cambio saluda a la monja de Derechino, que en aquel mismo momento entró por otra puerta; Derechino comprendió enseguida la broma y en vez de saludar a su propia monja dice buen día a la de Lorbio. Y para no ser menos que sus compañeros Izquierdino se dirige al otro lado y saluda a otra monja que entró por otra puerta. A Lorbio le agrada mucho esta broma del saludo, sobre todo cuando las monjas, a lo mejor porque son celosas y no quieren que sus enfermos simulen que no las ven, sacuden todas juntas las cabezas, y todo el pasillo del hospital parece temblar bajo las alas de una desaforada bandada de albatros de lino.

Otras veces, desde su cama, Lorbio trató de enseñar a Izquierdino el juego de la morra, pero sin éxito, porque desde que la lepra los ha dejado sin orejas, ambos son sordos, como por otra parte también es sordo Derechino. Por eso, a pesar de su unanimidad de movimientos, en realidad cada uno de ellos está obligado a vivir, por decirlo de alguna manera, encerrado en sí mismo. Pero a la noche es como si estuvieran más unidos. Lorbio tiene una vela; cuando el dolor no lo deja dormir enciende su vela, y a la luz festiva de todas esas llamas simultáneamente encendidas, de pieen la cama, se levanta el camisón y baila una danza despreocupada, imitado por todos los demás enfermos de la sala, también ellos de pie en sus camas; la llaman la danza de la vela.

Liberación

Heredero de varias y cómodas fortunas, amante del deporte y de la vida al aire libre, Serten sigue todavía afligido por fastidiosas ambiciones, triste destino de un hombre común, lógica consecuencia de una educación equivocada. Para liberarse de esto, visto que ni los medios ni la voluntad le faltan, el joven se ha puesto confiado en manos de los mejores neurocirujanos. Los neurocirujanos le aconsejaron sobre todo la intervención más simple, esto es una serie de electroshocks, pero Serten objetó que de una intervención banal no podía resultar más que algo igualmente banal; por otra parte, un compañero suyo de la universidad, al tercer electroshock se ha puesto a caminar con la lengua afuera y las manos arrastrando el piso, y la familia se desesperaba por poderlo enderezar, a pesar de que la lengua, en los últimos tiempos, había vuelto a su lugar. Optó entonces por una lobotomía, elegante operación de origen portugués: le hicieron un agujero en la sien derecha y otro en la izquierda, le introdujeron un hilo a través de los agujeros y el hábil cirujano, con dos rápidos movimientos, le cortó las conexiones entre el tálamo y los lóbulos frontales. Esto sucedía hace unos años; desde entonces la técnica neuroquirúrgica ha cambiado y se ha perfeccionado, y también Serten ha cambiado y se ha perfeccionado.

Se volvió eufórico y gracioso. En ocasión de los recientes solemnes funerales del cardenal palatino, se acercó en automóvil a la procesión con un paraguas abierto dentro del auto y sin pantalones; por suerte la multitud, encerrada en su propia congoja, no se dio cuenta, y el único momento de perplejidad que tuvieron fue cuando Serten se puso a arrojar alcauciles, muchas docenas, delante del monumental portón del cementerio de los Benditos en Extasis. Recuerda perfectamente dónde vive, reconoce muy bien a los miembros de la familia, quienes poco a poco, alterados por sus continuas muestras de buen humor, terminaron por mudarse todos a otra parte, todos. Un hermano suyo trató de contradecirlo, por culpa de un salmón lleno de pólvora pírica explosiva en la mesa; pero sin éxito, porque Serten se conserva maravillosamente lúcido, sabe contar hasta catorce, distingue todavía la S de la M, y hace falta más que un órgano genital pintado con tinta china en el abrigo de una prima para contradecir a un joven sano y rico.

Viendo el éxito de la primera intervención, Serten se ha hecho atravesar, seccionar y aislar otras regiones del cerebro. Muchas veces, para alcanzar un punto particularmente intrincado de la corteza, han tenido que abrirle la tapa craneana, el clásico corte en herradura con taladro y serrucho y alzamiento del hueso parietal. Así consiguió, por ejemplo, hacerse eliminar completamente el sentido del deber, la vergüenza, la sugestión, el remordimiento, el miedo, la modestia, la piedad, el insomnio y otras anomalías similares, tan raras como indeseables. Como trofeos de una larga campaña de liberación le asoman entre los cabellos delicadas protuberancias de platino. En los últimos tiempos las técnicas de ultrasonido le han abierto el camino a interesantes nuevas intervenciones en los rincones más recónditos del encéfalo, donde se encuentran el hipotálamo, la hipófisis y el putamen del cuerpo estriado. A la segunda aplicación de la ultrasonda Serten ha perdido casi por completo el sentido de orientación y las últimas inhibiciones, tanto sexuales como sociales, que todavía le quedaban. Así es como ahora le sucede de encontrarse en la niebla en un prado cualquiera de cualquier lejana localidad suburbana para ponerse de golpe, descuidado y feliz, a hacerle el amor a una oveja, o lo que es lo mismo, a un carnero, animales ambos pacientes y pensativos; hasta que, agotado, harapiento, despeinado y sucio se topa con un policía nocturno y besándolo perdidamente en la boca o en el vientre le ruega que lo lleve a casa o, en todo caso, que le llame un taxi.



De esta manera el enfermo se ve reflejado de pies a cabeza, de un lado y de otro, y puede imaginarse que está en una habitación o pasillo de tres, de muchas camas, en compañía de una gran cantidad de enfermos que, por otra parte, se le parecen mucho.



El hijo natural

Por culpa de ciertos medicamentos que tomaba su madre, Aulogelio nació sin brazos ni pies. En lugar de brazos algo tenía, lo que suele llamarse aletas; pero sus piernas, a pesar de ser largas y estar bien formadas, terminaban a la altura del tobillo con una especie de codito, vuelto insólito por la presencia final no ya de un normal mechón de pelos, sino de una uña muy poco apropiada para los usos de la vida asociada. Inútilmente sus padres habían tratado de donarlo con fines benéficos mediante avisos en los diarios, en los que se alababa su vivaz y todavía sedentaria naturaleza, sus ojos penetrantes como el mar, su aptitud para la geometría, su agradable tendencia al mutismo; hasta que el padre tuvo la idea de tirarlo al lago. La madre, enternecida, consiguió, en cambio, apelando repetidamente tanto a la ley biológica (de hecho, Aulogelio estaba privado de branquias) como a la ley moral, que le fuera permitido crecer entre los arbustos, en el fondo de la casa.

Y allí había crecido, arrastrándose alegremente; la vida al aire libre le había desarrollado los músculos y le había bronceado la piel, que solamente en invierno volvía por breves períodos a su color verde original. Desde sus primeros verdes años, quizás ayudado por la posición, ya que no por el desinteresado desinterés de su familia, había dado pruebas de un ingenio muy particular; por ejemplo, aprendió muy pronto a masturbarse sin usar las manos y a comer en el barro, lo que a la mayor parte de los muchachos, menos dotados, resulta por lo general imposible. De cuerpo vigoroso, precoz en el erotismo, de vista y oído muy agudos, Aulogelio nunca consiguió articular una sola palabra; no porque sus padres no estuvieran dispuestos a enseñarle una o dos si la ocasión se presentaba, sino porque ya se habían cansado de buscarlo; el terreno del fondo de la casa era más bien amplio, irregular y no privado de espesura, y Aulogelio se iba, arrastrándose, como sólo puede arrastrarse un muchacho inteligente y sano. Cuando era pequeñito la madre lo dejaba junto al gallinero, boca arriba, para poder volver a encontrarlo cuando fuera la hora de darle de comer; pero pronto el niño, despierto como el que más, había aprendido a darse vuelta haciendo palanca con las aletas contra el alambre tejido. A los cuatro años se había vuelto prácticamente inhallable.

Es verdad que el padre hubiera podido, y podría todavía, hacer cortar los matorrales del terreno, por otra parte infestado

El estereoscopio de los solitarios

Por Juan Rodolfo Wilcock

Los espejos

Obligado por su enfermedad a permanecer en la cama, Lorbio se hizo poner en su habitación de hospital dos grandes espejos paralelos; uno cubre la pared izquierda, el otro la derecha. De esta manera el enfermo se ve reflejado de pies a cabeza, de un lado y de otro, y puede imaginarse que está en una habitación o pasillo de tres, de muchas camas, en compañía de una gran cantidad de enfermos que, por otra parte, se le parecen mucho. Lorbio, a sus vecinos de cama, los llama Derechino e Izquierdino: Derechino parece ligeramente más joven que él; Izquierdino es el más viejo de los tres; en cuanto al resto, los tres siempre hacen las mismas cosas, o casi, a la misma hora y con los mismos movimientos. En este sentido, puede decirse que ninguno vio nunca a tres compañeros de habitación estar tan perfectamente de acuerdo. Además son muy discretos: si Lorbio está hablando con Derechino, Izquierdino gira la cabeza para el otro lado; y lo mismo hace Derechino apenas su compañero le dirige la palabra a Izquierdino. Cuando Lorbio se levanta para mostrar a Izquierdino la nueva novela de Tarzán que le trajo su sobrina, y se la ofrece para compararla con el que poco antes su amigo recibió de regalo de su sobrina, Derechino se levanta discretamente y dirigiendo la espalda a los dos muestra él también su novela de Tarzán al otro vecino de cama. Y él no hace esto, porque en la vasta sala, hasta donde la mirada se pierde, todos los enfermos se levantaron al mismo tiempo para comparar sus novelas de Tarzán. Pero Lorbio no presta atención a los enfermos lejanos, sobre todo porque no ve bien y además porque no sabe ni quiénes son ni cómo se llaman.

A veces, cuando llega la monja, Lorbio hace de cuenta que no la ve, para bromear, y en cambio saluda a la monja de Derechino, que en aquel mismo momento entró por otra puerta; Derechino comprendió enseguida la broma y en vez de saludar a su propia monja dice buen día a la de Lorbio. Y para no ser menos que sus compañeros Izquierdino se dirige al otro lado y saluda a otra monja que entró por otra puerta. A Lorbio le agrada mucho esta broma del saludo, sobre todo cuando las monjas, a lo mejor porque son celosas y no quieren que sus enfermos simulen que no las ven, sacuden todas juntas las cabezas, y todo el pasillo del hospital parece temblar bajo las alas de una desaforada bandada de albatros de lino.

Otras veces, desde su cama, Lorbio trató de enseñar a Izquierdino el juego de la morra, pero sin éxito, porque desde que la lepra los ha dejado sin orejas, ambos son sordos, como por otra parte también es sordo Derechino. Por eso, a pesar de su unanimidad de movimientos, en realidad cada uno de ellos está obligado a vivir, por decirlo de alguna manera, encerrado en sí mismo. Pero a la noche es como si estuvieran más unidos. Lorbio tiene una vela; cuando el dolor no lo deja dormir enciende su vela, y a la luz festiva de todas esas llamas simultáneamente encendidas, de pieen la cama, se levanta el camisón y baila una danza despreocupada, imitado por todos los demás enfermos de la sala, también ellos de pie en sus camas; la llaman la danza de la vela.

Liberación

Heredero de varias y cómodas fortunas, amante del deporte y de la vida al aire libre, Serten sigue todavía afligido por fastidiosas ambiciones, triste destino de un hombre común, lógica consecuencia de una educación equivocada. Para liberarse de esto, visto que ni los medios ni la voluntad le faltan, el joven se ha puesto confiado en manos de los mejores neurocirujanos. Los neurocirujanos le aconsejaron sobre todo la intervención más simple, esto es una serie de electroshocks, pero Serten objetó que de una intervención banal no podía resultar más que algo igualmente banal; por otra parte, un compañero suyo de la universidad, al tercer electroshock se ha puesto a caminar con la lengua afuera y las manos arrastrando el piso, y la familia se desesperaba por poderlo enderezar, a pesar de que la lengua, en los últimos tiempos, había vuelto a su lugar. Optó entonces por una lobotomía, elegante operación de origen portugués: le hicieron un agujero en la sien derecha y otro en la izquierda, le introdujeron un hilo a través de los agujeros y el hábil cirujano, con dos rápidos movimientos, le cortó las conexiones entre el tálamo y los lóbulos frontales. Esto sucedía hace unos años; desde entonces la técnica neuroquirúrgica ha cambiado y se ha perfeccionado, y también Serten ha cambiado y se ha perfeccionado.

Se volvió eufórico y gracioso. En ocasión de los recientes solemnes funerales del cardenal palatino, se acercó en automóvil a la procesión con un paraguas abierto dentro del auto y sin pantalones; por suerte la multitud, encerrada en su propia congoja, no se dio cuenta, y el único momento de perplejidad que tuvieron fue cuando Serten se puso a arrojar alcauciles, muchas docenas, delante del monumental portón del cementerio de los Benditos en Extasis. Recuerda perfectamente dónde vive, reconoce muy bien a los miembros de la familia, quienes poco a poco, alterados por sus continuas muestras de buen humor, terminaron por mudarse todos a otra parte, todos. Un hermano suyo trató de contradecirlo, por culpa de un salmón lleno de pólvora pírica explosiva en la mesa; pero sin éxito, porque Serten se conserva maravillosamente lúcido, sabe contar hasta catorce, distingue todavía la S de la M, y hace falta más que un órgano genital pintado con tinta china en el abrigo de una prima para contradecir a un joven sano y rico.

Viendo el éxito de la primera intervención, Serten se ha hecho atravesar, seccionar y aislar otras regiones del cerebro. Muchas veces, para alcanzar un punto particularmente intrincado de la corteza, han tenido que abrirle la tapa craneana, el clásico corte en herradura con taladro y serrucho y alzamiento del hueso parietal. Así consiguió, por ejemplo, hacerse eliminar completamente el sentido del deber, la vergüenza, la sugestión, el remordimiento, el miedo, la modestia, la piedad, el insomnio y otras anomalías similares, tan raras como indeseables. Como trofeos de una larga campaña de liberación le asoman entre los cabellos delicadas protuberancias de platino. En los últimos tiempos las técnicas de ultrasonido le han abierto el camino a interesantes nuevas intervenciones en los rincones más recónditos del encéfalo, donde se encuentran el hipotálamo, la hipófisis y el putamen del cuerpo estriado. A la segunda aplicación de la ultrasonda Serten ha perdido casi por completo el sentido de orientación y las últimas inhibiciones, tanto sexuales como sociales, que todavía le quedaban. Así es como ahora le sucede de encontrarse en la niebla en un prado cualquiera de cualquier lejana localidad suburbana para ponerse de golpe, descuidado y feliz, a hacerle el amor a una oveja, o lo que es lo mismo, a un carnero, animales ambos pacientes y pensativos; hasta que, agotado, harapiento, despeinado y sucio se topa con un policía nocturno y besándolo perdidamente en la boca o en el vientre le ruega que lo lleve a casa o, en todo caso, que le llame un taxi.

> **"De esta manera el enfermo se ve reflejado de pies a cabeza, de un lado y de otro, y puede imaginarse que está en una habitación o pasillo de tres, de muchas camas, en compañía de una gran cantidad de enfermos que, por otra parte, se le parecen mucho."**



El hijo natural

Por culpa de ciertos medicamentos que tomaba su madre, Aulogelio nació sin brazos ni pies. En lugar de brazos algo tenía, lo que suele llamarse aletas; pero sus piernas, a pesar de ser largas y estar bien formadas, terminaban a la altura del tobillo con una especie de codito, vuelto insólito por la presencia final no ya de un normal mechón de pelos, sino de una uña muy poco apropiada para los usos de la vida asociada. Inútilmente sus padres habían tratado de donarlo con fines benéficos mediante avisos en los diarios, en los que se alababa su vivaz y todavía sedentaria naturaleza, sus ojos penetrantes como el mar, su aptitud para la geometría, su agradable tendencia al mutismo; hasta que el padre tuvo la idea de tirarlo al lago. La madre, enternecida, consiguió, en cambio, apelando repetidamente tanto a la ley biológica (de hecho, Aulogelio estaba privado de branquias) como a la ley moral, que le fuera permitido crecer entre los arbustos, en el fondo de la casa.

Y allí había crecido, arrastrándose alegremente; la vida al aire libre le había desarrollado los músculos y le había bronceado la piel, que solamente en invierno volvía por breves períodos a su color verde original. Desde sus primeros verdes años, quizás ayudado por la posición, ya que no por el desinteresado desinterés de su familia, había dado pruebas de un ingenio muy particular; por ejemplo, aprendió muy pronto a masturbarse sin usar las manos y a comer en el barro, lo que a la mayor parte de los muchachos, menos dotados, resulta por lo general imposible. De cuerpo vigoroso, precoz en el erotismo, de vista y oído muy agudos, Aulogelio nunca consiguió articular una sola palabra; no porque sus padres no estuvieran dispuestos a enseñarle una o dos si la ocasión se presentaba, sino porque ya se habían cansado de buscarlo; el terreno del fondo de la casa era más bien amplio, irregular y no privado de espesura, y Aulogelio se iba, arrastrándose, como sólo puede arrastrarse un muchacho inteligente y sano. Cuando era pequeñito la madre lo dejaba junto al gallinero, boca arriba, para poder volver a encontrarlo cuando fuera la hora de darle de comer; pero pronto el niño, despierto como el que más, había aprendido a darse vuelta haciendo palanca con las aletas contra el alambre tejido. A los cuatro años se había vuelto prácticamente inhallable.

Es verdad que el padre hubiera podido, y podría todavía, hacer cortar los matorrales del terreno, por otra parte infestado por reptiles y animales que por lo que parece comparten en paz sus húmedas cuevas con el joven verde-oscuro; arreglarle una guarida más simpática, con sábanas y una radio a transistores, incluso hasta con una cama de una altura razonable; tantas cosas puede hacer un padre cuando está dispuesto. Pero después de todo, ¿con qué fin? El muchacho ya es grande, tiene casi la edad de un universitario, barba y cabellos largos, y desde hace muchos años se arrastra desnudo. Ya de niño la ropa le duraba dos o tres días, ahora no es el momento de hacer la prueba de vestirlo; además del hecho de que no se comprende por qué un persona sin brazos tendría que llevar una saco Príncipe de Gales, pongamos por caso, para después meterse entre las raíces de una haya. Y una madre es siempre un ser humano, tiene sus sentimientos: aquel jovencito siempre sucio de excrementos, continuamente en erección, ¿qué madre querría volver a encontrarlo? Por suerte no muerde, pero hace falta mucho más que eso para encariñarse con un hijo verde, para peor devorado por los piojos. "Total, es feliz", dice la señora, "se ve que ama la naturaleza".

El ángel

El ángel Elzevar está desocupado, lo único que sabe hacer es llevar mensajes pero ya no hay más mensajes que llevar y entonces al ángel da vueltas revisando en la basura del gran basurero municipal en busca de restos de comida y sobras de fruta: algo tiene que comer. De noche, hizo la prueba de recorrer la orilla del río en calidad de prostituto todo servicio, y de hecho sabe hacer muchas cosas y su condición angelical lo exime de cualquier escrúpulo moral; pero la mayoría de las veces el encuentro termina mal, por ejemplo cuando el cliente, antes o después, descubre que Elzevar no tiene sexo: por lo que parece, en ciertas ocupaciones el sexo es particularmente requerido, e incluso indispensable. Para aplacar al desilusionado cliente, Elzevar le muestra un poco como vuela, primero a la derecha, después a la izquierda, después les pasa sobre la cabeza y le desordena los cabellos como una brisa ligera; pero los clientes de la orilla del río exigen algo más concreto que una normal exhibición de levitación; uno le mordió el tobillo en pleno vuelo, otro calvo con peluca lo llamó sodomita y un tercero lo denunció a la policía, basándose en un artículo del Código Penal que pena exaltar la seducción y otros dos artículos del Código de navegación aérea relativos al vuelo urbano sin documentos. Después de lo cual Elzevar tuvo que mudarse a otro recodo del río, peligrosamente frecuentado por familias y pescadores con cañas, incluso de noche.

Estos inconvenientes, natural consecuencia de su desocupación temporaria, no pueden realmente preocupar a un ángel. Para comenzar, los ángeles son inmortales, y son pocos los mortales que pueden decir lo mismo. En cuanto a la falta de mensajes, un día u otro tendrá que terminar. Nuevos emisores se están alistando, y los potenciales receptores por cierto no escasean. Ya en el pasado le sucedió estar por períodos más o menos largos sin trabajo, sin hacer nada. Basura de comer nunca le ha faltado; es verdad que la prostitución angelical ya no es lo que era, pero de cualquier forma, hasta que esté listo el nuevo mensaje, hay que seguir en contacto con los hombres. Mientras tanto Elzevar siempre puede encontrar trabajo en un circo, en tanto los circos son como la prostitución en decadencia: lamentablemente muchas cosas cambiaron desde que existe la televisión. Si el Gran Silencio durase mucho, otros caminos interesantes y poco recorridos se le abren: por ejemplo el cine underground, la aplicación de antiparasitarios, la manutención de computadoras, la limpieza de ascensores y los desfiles masculinos de moda.



Noticia biográfica de Guillermo Piro. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Sudamericana.

La isla

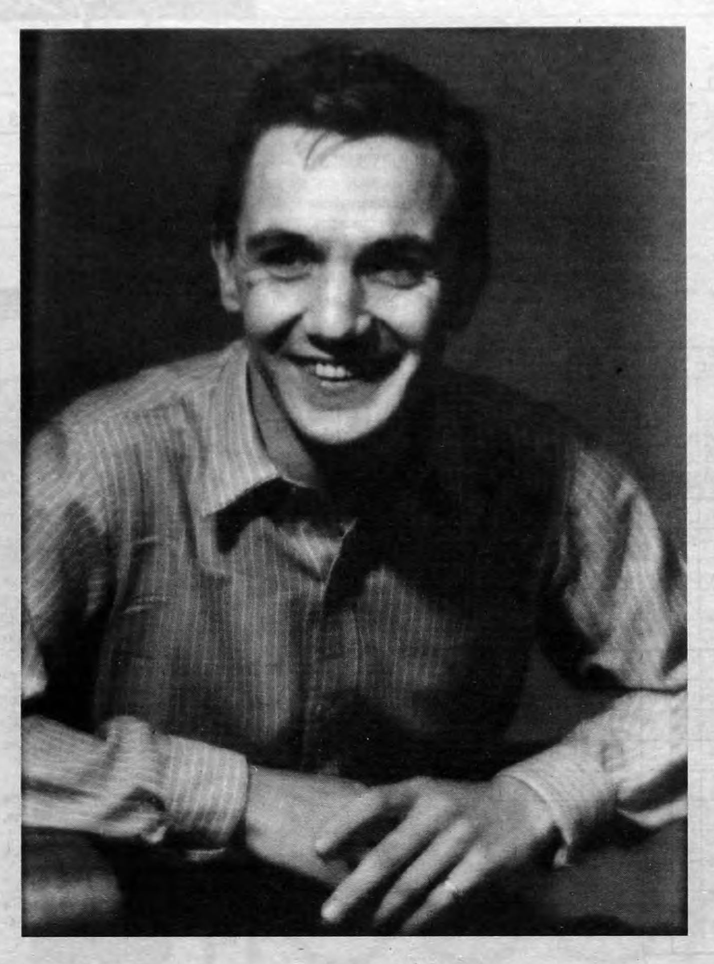
Impulsado por la lectura de la novela *Robinson Crusoe*, Gromibo decidió transformar su apartamento en una isla desierta. A Crabua, su mujer, en un primer momento la idea no le disgustó, pero cuando una noche el marido volvió del banco con la noticia de que a la mañana siguiente vendrían los peones a llevarse los muebles, se sintió dolorida, e incluso lloró. También ella había leído la luminosa historia de Robinson; fue a buscar la novela y le hizo ver al marido que en realidad Robinson disponía de una cantidad de muebles y objetos salvados del naufragio, un tintero, armas, quesos, rollos de láminas de plomo, hamacas, limas, un armario, cubiertos de plata y, en fin, más cosas que la que ellos poseían en pleno barrio residencial. Marido y mujer se pusieron entonces de acuerdo en hacer una lista de artículos a salvar del naufragio; pero en dicha lista naufragó el acuerdo, porque Crabua quería quedarse con todo, mejor dicho, ya hablaba de nuevas adquisiciones, como reposeras, sombrillas para el sol y mosquiteros; por el contrario, Gromibo quería volver a comenzar de cero, o sea sólo con un martillo y un kilo de clavos de distinto tamaño. Crabua temía además que el lento desfile de sus muebles por las escaleras estuviese acompañado por el rápido derrumbe de su prestigio personal entre las mujeres del vecindario, pero Gromibo trató de explicarle que apenas desembarcaban en la isla el vecindario, por definición, dejaba de existir, y que él, con el martillo y esas cajas a veces muy fuertes que la gente despreocupada deja de noche en la vereda junto a la basura y que los basureros después no quieren de ninguna manera llevarse, no le habría hecho faltar nada. La expulsión de los muebles fue una escena penosa; Crabua se aferraba a las mesitas de luz como si fueran hijos o hermanos suyos, amenazaba con desmayos, de los que se reponía enseguida para arrojarse sobre la cocina con todas las ollas en sus brazos, escupía plumas y lana en el patriótico intento de defender con los dientes colchones y almohadas. Al primer paso de la heladera hacia el exilio, perdió definitivamente la razón por casi un cuarto de hora. A pesar de eso, algo consiguió salvar; pero no la estima de sus vecinas, lo que más que cualquier otra consideración sobre el natural aislamiento de las islas la indujo a no salir nunca más de su casa, por lo menos de día; ahora prefiere hacer las compras en un mercadito nocturno, entre las cuatro y las cinco de la mañana.

Comenzó entonces para los dos náufragos un período de verdadera felicidad conyugal. A los primeros alaridos de los macacos, apagados enseguida por el parloteo de los papagallos matutinos, Gromibo se levanta de su fresco colchón de papel copiador; se lava con alguna sobra de grasa, en broma despierta a palazos a su mujer, que ahora se llama Viernes y duerme en la bañera por culpa de los escarabajos que infestan la isla, y se va al banco. Nunca vuelve del trabajo sin algún objeto útil o alguna primicia encontrada a la mañana en los tachos de basura que se cruza en el camino: un bulón de automóvil, una esponja, una banana exótica, un animalito gracioso para hacer de compañía o para comerlo, cáscaras de papa, un teodolito con una sola pata, hasta una oveja muerta la noche que se quedó a cerrar el balance. Viernes hace lo que puede por mantenerle los trajes limpios y en orden, tal como lo impone el trabajo en el banco, pero ella da vueltas con vestidos costosos, también estos recogidos por su marido en el curso de sus correrías por los alrededores del fortín o las zonas montañosas de atrás, por ejemplo una moderna pantalla con un dibujo de carros armados para usar como pollera de día y otra con el mapa antiguo de la Dacia y la Sarmacia para la noche, y todas esas deliciosas combinaciones de esteras y esterillas que llevan las mujeres en las islas. A menudo Gromibo agrega al regalo acostumbrado una bolsa de huesos o de cabezas de pollo para romper con los adoquines, que mastican junto a las sobras de sandía bajo nubes de moscas y de aves predadoras de habitación en el archipiélago. Por la noche, bajo el místico resplandor de los infinitos carteles publicitarios, Viernes enciende la lámpara de aceite de tiburón y bajo esta luz de ensueño ensaya pasos de danza gregoriana para deleitar a su marido; después de lo cual se sientan en el piso amorosamente abrazados cerca de las últimas brasas encendidas del hogar hecho con bloques de cemento retractario, y juntos escuchan el grandioso silencio de la noche, interrumpido solamente por los gritos helados de los televisores y por el aullar cadenciado de las hienas lejanas. Pero a veces él se levanta y dirigiendo la mirada confiada hacia los vidrios de la ventana empañados por el frío, velados por la lluvia, murmura: "Si una nave pasara...". ■

Traducción de Guillermo Piro

opio
arios

por reptiles y animales que por lo que parece comparten en paz sus húmedas cuevas con el joven verde-oscuro; arreglarle una guarida más simpática, con sábanas y una radio a transistores, incluso hasta con una cama de una altura razonable; tantas cosas puede hacer un padre cuando está dispuesto. Pero después de todo, ¿con qué fin? El muchacho ya es grande, tiene casi la edad de un universitario, barba y cabellos largos, y desde hace muchos años se arrastra desnudo. Ya de niño la ropa le duraba dos o tres días, ahora no es el momento de hacer la prueba de vestirlo; además del hecho de que no se comprende por qué un persona sin brazos tendría que llevar una saco Príncipe de Gales, pongamos por caso, para después meterse entre las raíces de una haya. Y una madre es siempre un ser humano, tiene sus sentimientos: aquel jovencito siempre sucio de excrementos, continuamente en erección, ¿qué madre querría volver a encontrarlo? Por suerte no muerde, pero hace falta mucho más que eso para encariñarse con un hijo verde, para peor devorado por los piojos. "Total, es feliz", dice la señora, "se ve que ama la naturaleza".



El ángel

El ángel Elzevar está desocupado, lo único que sabe hacer es llevar mensajes pero ya no hay más mensajes que llevar y entonces al ángel da vueltas revisando en la basura del gran basurero municipal en busca de restos de comida y sobras de fruta: algo tiene que comer. De noche, hizo la prueba de recorrer la orilla del río en calidad de prostituto todo servicio, y de hecho sabe hacer muchas cosas y su condición angelical lo exime de cualquier escrúpulo moral; pero la mayoría de las veces el encuentro termina mal, por ejemplo cuando el cliente, antes o después, descubre que Elzevar no tiene sexo: por lo que parece, en ciertas ocupaciones el sexo es particularmente requerido, e incluso indispensable. Para aplacar al desilusionado cliente, Elzevar le muestra un poco como vuela, primero a la derecha, después a la izquierda, después les pasa sobre la cabeza y le desordena los cabellos como una brisa ligera; pero los clientes de la orilla del río exigen algo más concreto que una normal exhibición de levitación; uno le mordió el tobillo en pleno vuelo, otro calvo con peluca lo llamó sodomita y un tercero lo denunció a la policía, basándose en un artículo del Código Penal que pena exaltar la seducción y otros dos artículos del Código de navegación aérea relativos al vuelo urbano sin documentos. Después de lo cual Elzevar tuvo que mudarse a otro recodo del río, peligrosamente frecuentado por familias y pescadores con cañas, incluso de noche.

Estos inconvenientes, natural consecuencia de su desocupación temporaria, no pueden realmente preocupar a un ángel. Para comenzar, los ángeles son inmortales, y son pocos los mortales que pueden decir lo mismo. En cuanto a la falta de mensajes, un día u otro tendrá que terminar. Nuevos emisores se están alistando, y los potenciales receptores por cierto no escasean. Ya en el pasado le sucedió estar por períodos más o menos largos sin trabajo, sin hacer nada. Basura de comer nunca le ha faltado; es verdad que la prostitución angelical ya no es lo que era, pero de cualquier forma, hasta que esté listo el nuevo mensaje, hay que seguir en contacto con los hombres. Mientras tanto Elzevar siempre puede encontrar trabajo en un circo, en tanto los circos son como la prostitución en decadencia: lamentablemente muchas cosas cambiaron desde que existe la televisión. Si el Gran Silencio durase mucho, otros caminos interesantes y poco recorridos se le abren: por ejemplo el cine underground, la aplicación de antiparasitarios, la manutención de computadoras, la limpieza de ascensores y los desfiles masculinos de moda.

La isla

Impulsado por la lectura de la novela *Robinson Crusoe*, Gromibo decidió transformar su apartamento en una isla desierta. A Crabua, su mujer, en un primer momento la idea no le disgustó, pero cuando una noche el marido volvió del banco con la noticia de que a la mañana siguiente vendrían los peones a llevarse los muebles, se sintió dolorida, e incluso lloró. También ella había leído la luminosa historia de Robinson; fue a buscar la novela y le hizo ver al marido que en realidad Robinson disponía de una cantidad de muebles y objetos salvados del naufragio, un tintero, armas, quesos, rollos de láminas de plomo, hamacas, limas, un armario, cubiertos de plata y, en fin, más cosas que la que ellos poseían en pleno barrio residencial. Marido y mujer se pusieron entonces de acuerdo en hacer una lista de artículos a salvar del naufragio; pero en dicha lista naufragó el acuerdo, porque Crabua quería quedarse con todo, mejor dicho, ya hablaba de nuevas adquisiciones, como reposeras, sombrillas para el sol y mosquiteros; por el contrario, Gromibo quería volver a comenzar de cero, o sea sólo con un martillo y un kilo de clavos de distinto tamaño. Crabua temía además que el lento desfile de sus muebles por las escaleras estuviese acompañado por el rápido derrumbe de su prestigio personal entre las mujeres del vecindario, pero Gromibo trató de explicarle que apenas desembarcaban en la isla el vecindario, por definición, dejaba de existir, y que él, con el martillo y esas cajas a veces muy fuertes que la gente despreocupada deja de noche en la vereda junto a la basura y que los basureros después no quieren de ninguna manera llevarse, no le habría hecho faltar nada. La expulsión de los muebles fue una escena penosa; Crabua se aferraba a las mesitas de luz como si fueran hijos o hermanos suyos, amenazaba con desmayos, de los que se reponía enseguida para arrojarse sobre la cocina con todas las ollas en sus brazos, escupía plumas y lana en el patriótico intento de defender con los dientes colchones y almohadas. Al primer paso de la heladera hacia el exilio, perdió definitivamente la razón por casi un cuarto de hora. A pesar de eso, algo consiguió salvar; pero no la estima de sus vecinas, lo que más que cualquier otra consideración sobre el natural aislamiento de las islas la indujo a no salir nunca más de su casa, por lo menos de día; ahora prefiere hacer las compras en un mercadito nocturno, entre las cuatro y las cinco de la mañana.

Comenzó entonces para los dos náufragos un período de verdadera felicidad conyugal. A los primeros alaridos de los macacos, apagados enseguida por el parloteo de los papagallos matutinos, Gromibo se levanta de su fresco colchón de papel copiador; se lava con alguna sobra de grasa, en broma despierta a palazos a su mujer, que ahora se llama Viernes y duerme en la bañera por culpa de los escarabajos que infestan la isla, y se va al banco. Nunca vuelve del trabajo sin algún objeto útil o alguna primicia encontrada a la mañana en los tachos de basura que se cruza en el camino: un bulón de automóvil, una esponja, una banana exótica, un animalito gracioso para hacer de compañía o para comerlo, cáscaras de papa, un teodolito con una sola pata, hasta una oveja muerta la noche que se quedó a cerrar el balance. Viernes hace lo que puede por mantenerle los trajes limpios y en orden, tal como lo impone el trabajo en el banco, pero ella da vueltas con vestidos costosos, también estos recogidos por su marido en el curso de sus correrías por los alrededores del fortín o las zonas montañosas de atrás, por ejemplo una moderna pantalla con un dibujo de carros armados para usar como pollera de día y otra con el mapa antiguo de la Dacia y la Sarmacia para la noche, y todas esas deliciosas combinaciones de esteras y esterillas que llevan las mujeres en las islas. A menudo Gromibo agrega al regalo acostumbrado una bolsa de huesos o de cabezas de pollo para romper con los adoquines, que mastican junto a las sobras de sandía bajo nubes de moscas y de aves predadoras de habitación en el archipiélago. Por la noche, bajo el místico resplandor de los infinitos carteles publicitarios, Viernes enciende la lámpara de aceite de tiburón y bajo esta luz de ensueño ensaya pasos de danza gregoriana para deleitar a su marido; después de lo cual se sientan en el piso amorosamente abrazados cerca de las últimas brasas encendidas del hogar hecho con bloques de cemento retractario, y juntos escuchan el grandioso silencio de la noche, interrumpido solamente por los gritos helados de los televisores y por el aullar cadenciado de las hienas lejanas. Pero a veces él se levanta y dirigiendo la mirada confiada hacia los vidrios de la ventana empañados por el frío, velados por la lluvia, murmura: "Si una nave pasara...".

Traducción de Guillermo Piro

Noticia biográfica de Guillermo Piro. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Sudamericana.

Juegos

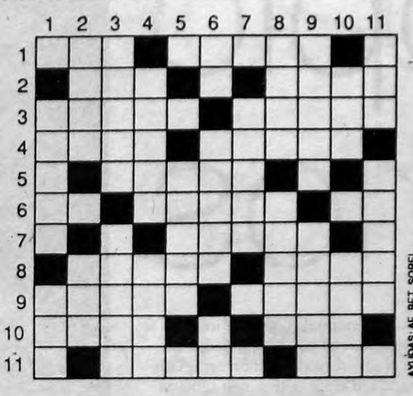
LOS TIERNOS MONSTRUOS

Un productor de Broadway planea poner en escena un "thriller musical" protagonizado por algunos "monstruos sagrados" de Hollywood, que se esconderán bajo horribles maquillajes y terminarán enterneciéndose al ciertas melodías. Deduzcaqué veremos en el teatro y salga corriendo a comprar su localidad.

1. "Mask" no es el vampiro que interpretará Robert de Niro, ni el cíclope que prefiere a Van Halen.
2. Billy Cristal será el repugnante ogro "Broom".
3. La música de Beethoven convierte a "Luthus" en un ser inofensivo.
4. En el momento más dramático, la serpiente (que no será Robin Williams) llora al oír un aria de Verdi.
5. El monstruo que se enternece con John Lennon es enemigo acérrimo de "Bloody" (que no es el cíclope), personaje de Danny De Vito.
6. Michael J. Fox será "Murder", compañero inseparable del dragón que se vuelve manso al compás de Los Plateros.

		NOMBRE					MUSICA					ACTOR				
		"Blooddy"	"Broom"	"Luthus"	"Mask"	"Murder"	Beethoven	Lennon	Los Plateros	Van Halen	Verdi	B. Cristal	D. De Vito	M.J. Fox	R. De Niro	R. Williams
MONSTRUO	Cíclope															
	Dragón															
	Ogro															
	Serpiente															
	Vampiro															
ACTOR	B. Cristal															
	D. De Vito															
	M.J. Fox															
	R. De Niro															
	R. Williams															
MUSICA	Beethoven															
	Lennon															
	Los Plateros															
	Van Halen															
	Verdi															

ORTODOXO



HORIZONTALES

1. Segunda letra hebrea./ Plantío de nabos.
2. Moneda japonesa equivalente a un centavo de yen./ (Franco) Actor y director del cine italiano.
3. Tiran, halan./ Grupo de personas encuestadas.
4. Mangos./ Que tienen sus partes más separadas de lo normal (pl.).
5. Mefistófeles, Lucifer.
6. Película de Steven Spielberg./ Hembra del lobo (pl.)./ Pronombre personal.
7. Vas de adentro hacia afuera.
8. (Inés) Favorita del rey Carlos VII de Francia./ Por oposición a persona, objeto inanimado.
9. Unidad monetaria de Libia./ De los polos.
10. Fruto delicado./ Cloruro de sodio.
11. Borneo del Norte./Exprese alegría con sonidos y movimientos del rostro.

VERTICALES

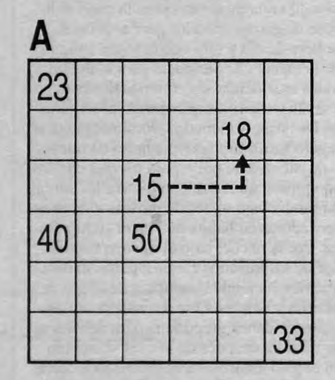
1. Acción de jadear./ Título de ciertos religiosos benedictinos.
2. Pronombre demostrativo (fem., pl.)./ Adverbio latino: así.
3. Tejido de lana u otro material (pl.)./ Bandas o fajas.
4. De la nariz./ Que tiene sus partes separadas (fem.).
5. Espirar bruscamente.
6. Iniciales del autor de "La isla de los pingüinos"./ (Francisco) Actor español./ Río de Marruecos.
7. Lugar donde las abejas depositan la miel.
8. Del ano./ Carentes de humedad.
9. (Ernest) Literato francés, autor de "Vida de Jesús"./ Del sol.
10. Cabeza de ganado./ Pasé de adentro hacia afuera.
11. Planta crucífera hortense./ Dar dote.

EL SABUESO

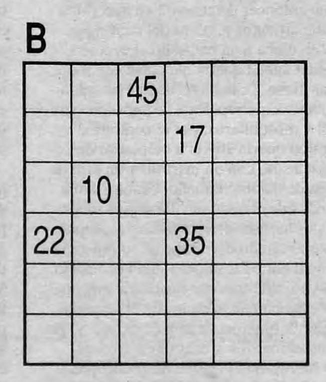
Un buen sabueso ha recorrido esmeradamente cada uno de estos campos cuadriculados. Al día siguiente llega usted y sólo encuentra algunos rastros dispersos. Reconstruya exactamente los recorridos del sabueso sabiendo que:

1) Cada tablero contiene un recorrido diferente e independiente de los otros.
2) El sabueso ha avanzado a lo largo de números consecutivos, pasando de una casilla a otra vecina, en horizontal, o en vertical (nunca en diagonal).
3) Cada recorrido empieza en un número que puede estar entre 1 y 25, y es algo que también usted deberá descubrir.
4) El sabueso no ha dejado casillas sin visitar; es decir, ha recorrido todo el tablero.
5) En el primer caso indicamos el comienzo del recorrido.

A



B



C

		18			
			2	37	
			28		
					25

D

3					28
		38			
			33		
	18				
					13

SOLUCIONES

EL SABUESO

A

23	24	25	26	27	28
22	21	20	19	18	29
41	42	15	16	17	30
40	43	50	49	48	31
39	44	45	46	47	32
38	37	36	35	34	33

B

13	14	45	44	43	42
12	15	16	17	40	41
11	10	19	18	39	38
22	21	20	35	36	37
23	26	27	34	33	32
24	25	28	29	30	31

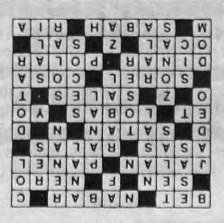
C

7	6	5	4	35	34
8	17	18	3	36	33
9	16	19	2	37	32
10	15	20	29	30	31
11	14	21	28	27	26
12	13	22	23	24	25

D

3	24	25	26	27	28
4	23	38	37	36	29
5	22	21	34	35	30
6	19	20	33	32	31
7	18	17	16	15	14
8	9	10	11	12	13

ORTODOXO



LOS TIERNOS MONSTRUOS

Cíclope, "Murder", Van Halen, M. J. Fox.
Dragón, "Mask", Los Plateros, R. Williams.
Ogro, "Broom", Lennon, B. Cristal.
Serpiente, "Blooddy", Verdi, D. De Vito.
Vampiro, "Luthus", Beethoven, R. De Niro.